

dos los indígenas, así como en la de obras para conducir el agua, las cuales no pudieron quedar concluidas. No había almacenes ni acopios de ninguna clase para aquellas tropas que se puede decir tan solo vivían del fuego patriótico que allí las había llevado, no obstante que faltaron esfuerzos en la tribuna, el púlpito y la prensa para advertir por medio de voces de alarma, el riesgo en que estaban los intereses, las costumbres y las creencias de una sociedad que se perdía ahogada en los brazos de otra; es cierto que aisladamente se oían lamentaciones estériles, pero no se había formado el espíritu público, quedando en la inacción los resortes para levantar al pueblo y excitar á los partidos á concurrir enérgicamente á salvar la sociedad. Faltaron las asociaciones para socorrer á las familias de los que marchaban á morir por la Patria, para cuidar de los heridos y esparcir en donde quiera que hubiera sufrimientos, el bálsamo consolador de la fraternidad. Si apareció alguna tendencia á la asociación fué tan solo para coaligarse los Estados con un objeto puramente político; el de México se adhirió á la coalición propuesta por Jalisco, adoptada ya por Zacatecas, Querétaro, Aguascalientes y Michoacán; además, otros motivos impedían las asociaciones fraternales, entre ellos fué notable la disposición que dió la legislatura de Puebla, aprobando un proyecto para que bajo ningún concepto fuera hecha la paz con los norte-americanos si no reintegraban el territorio usurpado é indemnizaban á México de los gastos impendidos en la guerra desde 1836 hasta la celebración de la paz, no debiendo quedar en la República, ántes de ajustar el tratado, ni un soldado extranjero ni algún buque enemigo frente á nuestros puertos; todas estas manifestaciones que pueden calificarse de delirios más que de entusiasmo patriótico, faltándoles el apoyo indispensable de la razón, debieron de haber disminuido el sentimiento patriótico de las tropas.

Aunque con lentitud, avanzaban los norte-americanos sobre Cerro-Gordo, en cuyo punto habían aumentado las dificultades por la deserción de los indígenas y de muchos milicianos que dieron por cierto el rumor de que iban á ser convertidos en permanentes, teniendo Santa-Anna que expedir enérgicas órdenes contra la deserción y que destinar los vagos á cubrir las bajas. Cuando las guerrillas enemigas se presentaron en el Plan el 12 de Abril, todavía estaban muy imperfectas las fortificaciones, que marcaban tan solo la línea donde debían situarse las piezas de artillería; una batería de grueso calibre enfiló el camino que fué cortado; sobre el «Telégrafo» quedó otra batería con cuatro piezas de artillería al mando del general Alcorta y á la izquierda de ese cerro había bosques y breñales que el general Santa-Anna consideró inaccesibles. Defendía la extremidad derecha el general Pinzon, el centro D. Rómulo Díaz de la Vega, y para el «Telégrafo» fué nombrado jefe el general D. Ciriaco Vázquez. Parte del ejército había acampado á una y otra parte de la ranchería de Cerro-Gordo, y en el camino, interceptado con los carros y los cañones aun no colocados, se improvisaron habitaciones de otate. Santa-Anna tenía la errada persuasión de que el ataque sería por la derecha, hácia donde colocó la mayor parte de las fuerzas, siendo tal creencia de funestas consecuencias, y la robusteció al notar que sobre la misma posición de la derecha acampaba el ejército enemigo. Recorría el general diariamente la línea, atendía á la construcción de las barracas para el soldado, de los desmontes y en la noche, acompañándole los jefes principales de su ejército tomaba la comida, amenizándola algunas veces una música situada en la parte exterior de la habitación. Al conversar entregábase á gratísimas ilusiones, creyendo que había logrado ya detener la marcha del enemigo, y encerrado en sus propias opiniones despreciaba las de personas sensatas conocedoras del terreno y dignas de con-

sideración por su ciencia, y exigía ciega sumisión de todos los que le rodeaban, por lo cual los jefes se limitaban á censurarle entre ellos solos, sin tener la energía suficiente para hacer notorios al general en jefe los notabilísimos errores que se palpaban en el plan de defensa.

Impacientes las tropas mexicanas por la calma que notaban en las enemigas, se creyó que éstas habían prescindido del ataque, siendo Santa-Anna uno de los más violentos, y aun quiso excitar á los enemigos enviando las caballerías á hostilizarlos y á procurarse noticias si lograban hacer algunos prisioneros; pero nada consiguieron. Hasta el 17 ejecutaron los invasores un formal reconocimiento que fué tomado por nuestras tropas como ataque serio, y entonces conoció Santa-Anna que indudablemente el enemigo vendría por la izquierda y, aunque tarde, procuró fortificarla estableciendo él mismo una batería frente á la salida de una boscosa barranca, habiendo colocado también los norte-americanos una batería en el cerro del Atalaya. El 18 en la mañana avanzaron las columnas enemigas por entre las escabrosidades de la izquierda, y batían con la artillería al «Telégrafo» sobre el cual se lanzó á las siete de la mañana el general Twiggs, conduciendo sus fuerzas en tiradores, y destruidas las tropas que estaban al pié del cerro fueron tomando sucesivamente los invasores todas las obras del mismo punto hasta asaltar la última de la cumbre, que todavía por un esfuerzo supremo quiso defender el general Baneneli; pero sus soldados le abandonaron poseídos del terror que les causó encontrarse tan cerca de un gran número de norte-americanos, cuyos uniformes azules aparecieron coronando la alta cumbre del cerro, velado por densa nube de humo. También hicieron á la vez un simulacro de ataque por la derecha y el centro.

Tomada la posición que dominaba á las demas, ya no tuvieron mayor obstáculo los invasores que con la brigada del jefe Shields procuraron ganar la retaguardia del ejército mexicano, ya en espantosa confusión, y algunos esfuerzos aislados tan solo aumentaron el número de víctimas. La caballería huyó por el camino nacional y por la estrecha y escabrosa senda de la barranca, á la derecha, se escaparon los dispersos tumultuosamente, quedando prisioneros cerca de dos mil con toda la artillería y los materiales de guerra. Santa-Anna también se salvó por la barranca, tan luego como conoció que todo estaba perdido, y por caminos estraviados marchó á Orizava en compañía de seis ayudantes; pasó la noche del 18 en la hacienda de Tusamapa. El vulgo le acusó de que había vendido á México; pero los hechos demostraron que iba errada tal creencia, pues únicamente se le puede considerar como un individuo á quien la fortuna trató con tanto desprecio como fueron grandes los favores que en otra época le concediera. Desde Orizava, donde estableció su cuartel general, dió Santa-Anna en 22 de Abril el parte de la batalla, calculó en doce mil el número de soldados contrarios que habían atacado y expuso que él no contaba más que con tres mil infantes permanentes y activos y poco más de dos mil de los Estados de Veracruz y Puebla, inespertos en el manejo de las armas y á los cuales atribuyó la pérdida. En Orizava comenzó á formar una fuerza respetable para oponerse á los norte-americanos, sirviéndole de base las tropas que allí estaban al mando del general D. Antonio Leon, salidas de Oaxaca; se dirigió al Presidente de la República, Anaya, solicitando que fueran dictadas las más activas y severas disposiciones con objeto de matar la apatía y el egoísmo de los mexicanos y hacer que cumplieran con los deberes que la sociedad y las leyes les imponían, y suplicó en lo particular que no se hiciera tratado alguno con los invasores y que se le enviaran recursos porque en Orizava se carecía completamente de ellos.

Santa-Anna se dirigió á Puebla á mediados de Mayo; en esa ciudad convocó una Junta para tratar de la defensa que fué considerada imposible; ordenó una requisición de caballos, é impuso un préstamo de treinta mil pesos de los que no reunió sino una pequeña parte; pero su conducta acabó de decidir á los poblanos á no defenderse, y á desear que la plaza fuera evacuada cuanto ántes por las tropas mexicanas; habiendo solicitado Santa-Anna algunos auxilios del obispo tambien le fueron negados. Hizo marchar las infanterías hácia San Martín y con las caballerías emprendió un ataque contra una columna enemiga, teniendo mal éxito por haberse apoyado en falsos informes. Desde Ayotla dirigió Santa-Anna á la Nación un Manifiesto dando los motivos que le habian conducido á la capital con el ejército de Oriente; referia sus propósitos acerca de la guerra y manifestaba desprendimiento respecto del ejercicio del Poder; dijo que para proseguir la guerra era necesario defender la capital, y que en caso contrario haria dimision del gobierno, que desde luego renunció, pero no le fué admitida la renuncia, y pasando á la capital tomó el mando supremo el 20 de Mayo, volviendo á agitar las pasiones al pedir recursos al arzobispo. Derogó Santa-Anna el decreto que acababa de dar el sustituto acerca de restringir la libertad de imprenta y fué sancionada y jurada el 21 la Constitucion política de la República mexicana, con las reformas que el Congreso constituyente decretó. En ese acto fueron leidas el Acta Constitutiva, la Constitucion de 1824 y el Acta de las Reformas, y despues del juramento pasó el Presidente á la Catedral. Comprendia el Acta de Reformas treinta artículos; entre otras cosas esplicaba quiénes eran ciudadanos mexicanos y quedó entonces erigido el nuevo Estado de Guerrero, con distritos de los Estados de México, Puebla y Michoacan, y con la condicion de que las legislaturas respectivas darian su consentimiento. Fué derogado el artículo de la Constitucion que creaba el puesto de vice-presidente, cubriendo la falta por medio del Presidente de la Suprema Corte.

Publicó Santa-Anna otra proclama el 22; en ella dió cuenta de sus actos y señaló la conducta que iba á seguir; dijo que despues de la derrota de Cerro-Gordo habia formado un ejército en veinte dias; se quejó de que una ciudad tan acreditada por su espíritu guerrero en las contiendas civiles, cual era Puebla, hubiera permanecido indiferente á la hora de angustia para la República; dió razon de la Junta tenida en San Martín Texmelucan, donde quedó acordado que se defenderia la capital á todo trance, opinando unánimemente los gefes que la formaron, y aseguró que para él era seguro que la pérdida de México traeria la de todo el país; llamó á los Estados en su auxilio y á todas las clases de la sociedad, especialmente al clero y á los propietarios, y se mostró decidido partidario de la guerra; entonces tenia ya en su contra aumentado considerablemente el partido que trabajaba por la paz, cuyo órgano era el periódico llamado «El Razonador.» No obstante lo que aseguraba Santa-Anna acerca de la unanimidad de opinion de los facultativos para defender la capital, ya ántes, en una Junta convocada por el Presidente sustituto D. Pedro María Anaya, se habia hecho presente que para dicha defensa era preciso erogar gastos que el erario no podia sufragar, se necesitaba artillería que no habia y un número de soldados superior al que contaba toda la República, por lo que se habia resuelto ser más conveniente el sistema de guerrillas y fortificar ciertos puntos para hostilizar al enemigo en su tránsito. Tambien preparó el Gabinete un plan que consistia en la desercion de tres mil irlandeses del ejército enemigo y determinar dentro de Puebla un levantamiento que protegeria Santa-Anna; pero los recelos de este gefe, tal vez con razon, lo frustraron todo.

Para este general todo fué tropiezos y errores desde que á consecuencia de la derrota de Cerro-Gordo se desbordaran las mal contenidas aspiraciones políticas, pidiendo unos la caida del Presidente y la paz, y otros clamando porque continuaran la guerra; con tal division las probabilidades de la revolucion crecian cada vez, y cuando el general Valencia, de quien más se esperaban planes revolucionarios, debió de haber sido alejado de toda comision importante, fué, al contrario, colocado por Santa-Anna á la cabeza del ejército del Norte que habia quedado en San Luis y que violentamente fué llamado á México; el Presidente Anaya habia vacilado mucho para consentir en dicho nombramiento que al principio rechazó. Además, la nueva renuncia que presentó Santa-Anna al Congreso en 28 de Mayo y que no le fué admitida, no tuvo más significacion ni dió otro resultado, que el de halagar el amor propio y hacer sentir mayor aún la agitacion de los partidos, que pusieron en juego sus maquinaciones para producir el desconcierto y aumentar la expectativa y la ansiedad que tarian consigo las nuevas faces que á cada momento presentaba la escena política, rodeada de los terribles síntomas de la sedicion. En ese estado de cosas vino á robustecer el desórden turbulento de las pasiones el periódico llamado «Boletín de la Democracia,» que no cesaba de atacar á Santa-Anna censurando sus actos, acusándole de débil para llevar á efecto la defensa de la Nación, y de enérgico tan solo para perseguir á los ciudadanos más distinguidos; aseguró que Santa-Anna publicaba manifiestos llenos de falsedades é hipocresías para engañar á la Nación, y que simplemente habia peleado cuando era su mision pelear bien. Entretanto, desatendiendo Santa-Anna las provocaciones que se le dirigian, aparentaba sacrificarse, impulsaba la marcha de las tropas de Alvarez hácia la capital y llamaba al general Arista para que ocupara su puesto en el ejército, mandando sobreser en la causa por las derrotas que sufrió en Tejas; pero Arista no aceptó la rehabilitacion así concedida.

Restringió Santa-Anna la libertad de imprenta prohibiendo que los periódicos publicaran algo que hiciera conocer al enemigo el estado en que se hallaba la defensa de México; dispuso que fueran cortadas todas las comunicaciones con las poblaciones ocupadas por los invasores; recordó á los militares la obligacion que tenian de combatir contra los extranjeros y las responsabilidades á que se hacian acreedores por su conducta; estableció los pasaportes para salir de la capital; mandó que fenecieran todos los procedimientos acerca de causas políticas y nombró una Junta para que se entendiera en los asuntos hacendarios que cada dia eran más tirantes, escaseando los recursos y aun negándose algunos Estados á publicar las disposiciones del gobierno federal, á causa de que les habia sido impuesta una contribucion directa de un millon de pesos; este nuevo elemento de anarquía vino á empeorar la situacion. El frecuente cambio de ministros, pues todos huian de la situacion; la dificultad en reunir al Congreso; el pronunciamiento de Sinaloa donde estaban intervenidas las rentas del gobierno y depuestas las autoridades; el conflicto entre Zacatecas y Aguascalientes, por la unificacion de los dos Estados segun las reformas constitucionales; la falta de dinero y de tropas suficientes y las acusaciones lanzadas contra Santa-Anna, producian tal desconcierto que no parecia posible lograr la defensa de la capital con un plan cualquiera. No habia un gefe que mandara el ejército del Centro al enfermarse el general Bravo, alegando el de igual clase Rincon su edad y padecimientos y hasta el entusiasta gefe Sierra y Rosso renunciaba el mando del punto avanzado llamado el Peñon Viejo. Sin desanimarse Santa-Anna dispuso establecer Consejos de defensa en las plazas que estuvieran amagadas; expidió considerable número de despachos militares, mandó considerar botin de guerra todos

los efectos procedentes de puntos ocupados por los invasores y declaró en 28 de Junio en rigoroso sitio la capital, cesando las autoridades y dejando únicamente la del general en jefe del ejército de Oriente, cuando se supo que el ejército invasor se movía sobre la capital.

Sin embargo de los graves y trascendentales negocios que pedían la pronta reunión del Congreso, entre los cuales se contaban las proposiciones de paz presentadas por el comisionado de los Estados-Unidos, los representantes del pueblo no se presentaban, y tal falta hacía más incierto y temeroso el porvenir; muchos diputados achacaron á Santa-Anna que impedía la reunión del Congreso por aspiraciones á la Dictadura, otros renunciaron en el momento en que más necesarios eran sus servicios y cuando la reunión del Congreso era más urgente, al hacerse más definida la división entre los dos partidos de la paz y de la guerra. Juzgaban los jefes norte-americanos que sería posible avanzar con extrema facilidad, al saber que la revolución era segura en México, perfectamente informados de que existía un poderoso partido que estaba por la paz, al cual contrariaba el que estaba por la guerra; había llegado á los invasores el rumor de que el gobierno iba á quitar á los gobernadores dejando tan solo á los comandantes generales; sabían la falta de recursos y que por todas partes se hablaba de lo que había sido del millon que prestara el clero, y sin dificultad veían claramente en la política seguida la disolución de la sociedad. Aumentándose día por día en Puebla, donde esperaba la resolución del Congreso un agente de los Estados-Unidos, el cuerpo de tropas norte-americanas, llegó á estar ahí el foco de enemigos de Santa-Anna, tanto más temible cuanto que en el periódico «La Estrella Americana» que allí salía, se dijo que Santa-Anna trabajaba por la paz y que aparentemente impulsaba la guerra, con lo cual se logró introducir entre los que por ésta opinaban la desconfianza que es el prólogo de la derrota. Para evitar, aunque ya no era posible, que llegaran á conocimiento del enemigo los detalles de la discordia civil, se prohibió en México toda clase de publicaciones y tan solo quedó el «Diario Oficial», siendo amenazados los infractores con ponerlos á disposición de la autoridad competente; entonces ya no solamente el partido de la paz atacaba á Santa-Anna, sino muchos de los enemigos que le habían concitado los partes relativos á las diversas acciones de guerra, contándose entre esta clase de enemigos los generales Miñon y Uraga.

Una terrible ley sobre desertores fué dada por Santa-Anna tan luego como tuvo seguridad de que se habían movido sobre la capital los norte-americanos; los reos de este delito debían ser breve y sumariamente juzgados en el preciso término de veinticuatro horas y sufrir irremisiblemente la pena de muerte; fué recordada la orden que llamó á todos los mexicanos de diez y seis á cincuenta años á tomar las armas y presentarse á la defensa de la capital, quedando obligado á entregar las armas todo particular que las poseyera. Entretanto, procurando una fracción del Congreso paliar las dificultades, siempre faltaban diputados para integrar el número, lo que empeoraba la situación, pues jamás darán buen resultado los términos medios. Gravísima era también la posición de Santa-Anna tan decidido por la guerra, pues si se integraba el Congreso había que dar contestación á las proposiciones de los Estados-Unidos sobre la paz que ya tenía fuertes raíces y considerables intereses; si no se reunía quedaba Santa-Anna en pugna con los dos partidos, á causa de estar autorizado para obrar según sus facultades, sin que fuera derogado otro decreto por el que se le restringían las que tenía por la Constitución para dirigir la guerra; según esto, si oía al comisionado del Norte con-

trariaba esta disposición y si no le oía se hacía reo porque según la ley fundamental estaba facultado para tratar; entonces acabó de colocarse el General en una posición aun más peligrosa, al resolver que debía tratarse de la paz solamente cuando el éxito de las armas hubiera decidido acerca del resultado de la capital, confiando en los elementos de ésta y en que el general Valencia organizaba cuidadosamente las tropas que componían el ejército del Norte.

Santa-Anna declaró desertor á todo militar que permaneciera entre los invasores así como al que no se presentara á servir y permaneciera en su casa sin orden expresa del gobierno, necesitando rehabilitación del Congreso para poder ocupar algún empleo; á la misma responsabilidad quedaba sujeto todo empleado que pudiendo salir de la población ocupada por el enemigo, no lo hiciera; impulsaba la formación de las tropas y pasó revista al ejército del Norte el 8 de Agosto en la villa de Guadalupe, dirigiéndole una proclama en que hacía grandes elogios del general Valencia, quien le dió un banquete y por las consideraciones que se guardaban parecía inquebrantable la amistad entre ambos. El día anterior 7 había salido de Puebla la vanguardia del ejército invasor incesantemente provisto de gente y de dinero, y durmió el 8 en Rio-Frío, seguida por el resto y ascendiendo toda la fuerza á once mil hombres; tal acontecimiento fué anunciando en la capital el día 9 por medio de un cañonazo, sonó la señal de alarma y la generala, y las músicas dejaron oír toques marciales que hicieron subir el entusiasmo de tantos patriotas que prorumpían por todas partes en vivas á México; á la vez daba Santa-Anna un Manifiesto afirmando su resolución de defender la capital á todo trance, resolución que si no estaba de acuerdo con las prescripciones militares, sí estaba en consonancia con los sentimientos de la mayoría deseosa de que México no sucumbiera sin combatir. Ya había el general en jefe hecho subir el ejército á veinte mil hombres, número todavía reducido para defender el extenso perímetro de la capital y además se carecía de dinero y cañones que existían en corta cantidad. No obstante, aunque sin conformarse á los principios de la ciencia, fué llevado adelante el pensamiento de sucumbir peleando, partido que en aquellas circunstancias era el más honroso que se podía seguir, pues siempre hay mucha grandeza en no abatirse por los rudos golpes de la fortuna, aun cuando hubieran podido evitarse con la prudencia.

Trabajó con empeño la maestranza hasta donde era posible, fundiendo cañones, recomponiendo fusiles y construyendo armamento; la fábrica de Santa Fé daba bombas, granadas, botes de metralla y balas para cañon y fusil, y bajo la dirección del coronel D. Bruno Aguilar fueron contruidos aún cañones á la Payxan, iguales á los que tenían los invasores, y eran sacados los recursos de donde se podía, celebrando ruinosos arreglos principalmente con la casa de Mackintosh. Por todas partes levantó el grito de guerra la noticia de esos aprestos y se recobró el espíritu público quedando el partido de la paz arrinconado y confuso. El plan para la defensa de la capital, después de discutirlo con el general Valencia que opinaba por la ofensiva, consistía en resistir en lugares atrincherados cargando el ejército de la Angostura por el flanco cuando fuera necesario, siendo por lo mismo el apoyo principal, y las caballerías mandadas por el general Alvarez hostilizarían la retaguardia. Eran los principales puntos fortificados al rededor de la capital: el Peñon, Chapultepec, Mexicalcingo, San Antonio y Churubusco, la garita de San Cosme, y ninguna obra se notaba por el Norte en cuyo rumbo había de hacerse la defensa en las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo. Fuerte en más de cuatro mil soldados el ejército del Norte, pasó de la villa de Guadalupe á Texcoco procurando estar